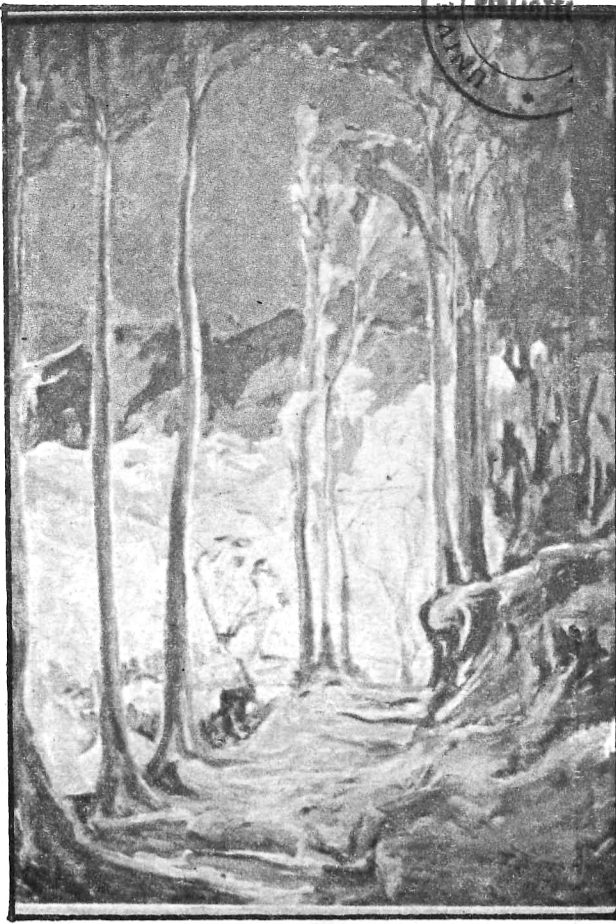
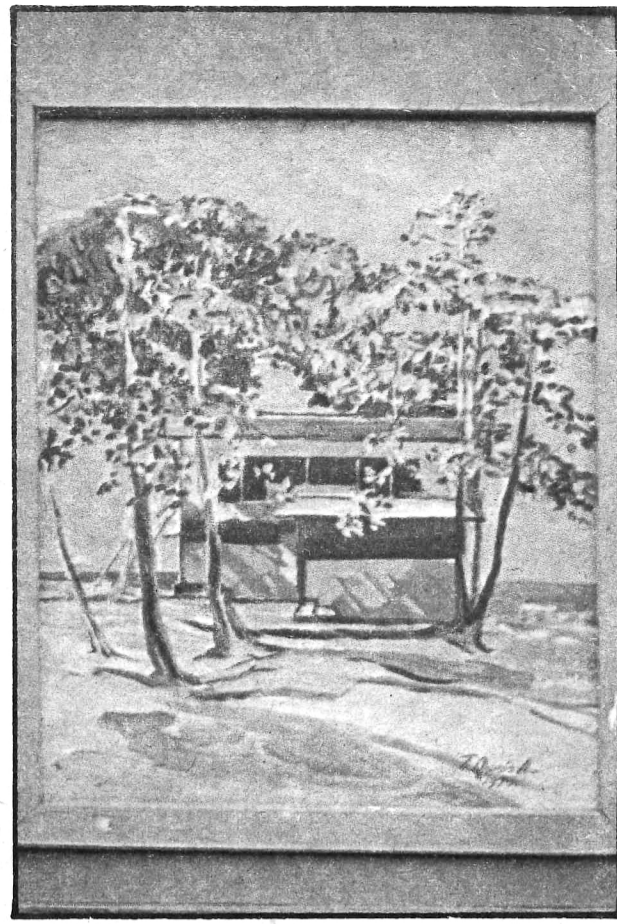


El óleo es siempre un lenguaje en manos del decano de la pintura nacional, Quico Quirós.



El óleo de Quirós se nos planta enfrente como una presencia definitiva.



Las pinturas de Teodorico Quirós son predominantemente emocionales, irradian amor a la vida, son testimonio de un optimismo vital.

Teodorico Quirós:

EL OLEO Y LA VIDA

De Carlos Francisco Echeverría Fotos: José Antonio Venegas

La principal característica de Teodorico Quirós (Premio Magón, 1974), como pintor, es su profunda comprensión del material con que trabaja. Sobre todo el óleo. El óleo parece ser uno de los fluidos vitales de Teodorico Quirós, tales son la naturalidad y la energía con que brota de su paleta y sus pinceles. Esta "comprensión" profunda de la naturaleza plástica del óleo es tanto intelectual como visual, táctil como intuitiva.

Es intelectual en la medida en que Quirós, de sólida formación artística, sabe qué es lo que puede hacerse y decirse con la pintura al óleo. Ante un paisaje o un objeto, no es la disponibilidad del material ni la vía del menor esfuerzo lo que lo conduce a elegir la técnica, sino una intención muy precisa. Quirós conoce, por así decirlo, la poética del material.

Por otra parte, la principal característica del óleo, y la razón última de su éxito en la pintura occidental, es la firmeza y consistencia de sus colores. La coloración con óleo es contundente, como lo son los propósitos pictóricos del decano de la pintura nacional. Mientras la acuarela, tenue y ligera, actúa sobre nosotros un poco en el plano de la evocación, estimulando un punto de nuestra sensibilidad común a la percepción y a la memoria, el óleo, y sobre todo el óleo de Quirós, se nos planta enfrente como una presencia definitiva.

También el óleo tiene una presencia táctil, o tangible, que no tienen otros materiales de pintura. Y también se encuentra acentuada en la pintura de Quirós esta característica. No debemos olvidar que Teodorico Quirós es, por formación profesional, y vocación natural, arquitecto, y que por lo tanto la materialidad tangible de sus creaciones le resulta importante, aún en pintura.

Sabemos por Bergson —y por los psicólogos— del íntimo lazo existente entre emoción e intuición, y sabemos por Croce de la vinculación, o más bien del paralelismo, entre el acto de la intuición y el de la creación artística. La pintura de Teodorico Quirós es predominantemente emocional como la de Cézanne, por ejemplo, es predominantemente cerebral. Intuitivamente Quirós aplica y despliega los colores, alarga las pinceladas, oscurece y aclara, densifica y rarifica, y la configuración de los cuadros es siempre tan congruente que sentimos como si estuviéramos respirando por sus mismas narices la profunda emoción que los genera.

Dentro de esa tónica predominantemente emocional que hilvana toda la obra pictórica de Teodorico Quirós, hay distintos matices que señalan otras tantas épocas y aspectos de esa obra.

Por el propio temperamento del pintor, y probablemente también por su origen social, —ya que Teodorico Quirós, si bien no es ni ha sido un hombre rico, pertenece por familia a una clase social floreciente—, la mayor parte de su obra irradia un total optimismo. Su preferencia por los colores y los tonos claros, su celebración irrestricta del sol y la naturaleza vegetal tropical, su afición por la vida campesina, la misma manera firme, sólida, en que sus casas de adobes, sus árboles y piedras se asientan sobre el suelo, todo ello da testimonio de su vital optimismo y

de algo que los científicos llaman "biofilia": amor por la vida.

Pero sobre todo el color. Siendo Quirós ante todo un paisajista, la exposición del paisaje al sol implacable produce a veces verdaderas elegías cromáticas, como el "Mar de Puntarenas", de la colección Ana Clark de Keith, o el "Portón Rojo" en un muro de adobes tostado por el sol, cuadro perteneciente al Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. A propósito: estos dos ejemplos sirven para aclarar que el uso del color por parte de Quirós no se da, como podría pensarse, en la forma de una abundante policromía, cosa de la que han abusado y abusan tantos pintores de los trópicos. Por el contrario, lo que hay es una valorización a fondo de cada color y cada tono, puestos al desnudo por una paleta que no conoce mediatizaciones.

También la sombra es celebrada. Y valorada como sólo la puede valorar quien ha recorrido caminos, sintiendo y

contemplando. Hay cuadros en los que una sombra fresca y húmeda lo es casi todo, como el óleo "Puerto escondido", de la colección del Banco Central, o la acuarela "Estudio en verde", de esa misma colección. En otros, es el contraste violento de la luz y la sombra lo que da lugar a la obra de arte, celebración tanto de la una como de la otra.

El arquitecto "se le sale" a Quico Quirós en sus pinturas de casas de adobes ("Calle de Santo Domingo", del Banco Central, "La máquina de coser", del pintor, y cientos más) y de iglesias: "Iglesia de San Josecito", de Ana C. de Keith, "Catedral de México", del pintor. El tema de la casa de adobes campesina fue prácticamente impuesto por él a toda una generación de pintores costarricenses, a la cual se ha dado en llamar, en gran medida por eso, la "generación nacionalista". Ese optimismo de Quirós de que hablábamos se hace evidente, de nuevo, en la fascinación por el tema de la casa de adobes, blanco símbolo de la estabilidad y del tesón de la clase media campesina, el cual es explotado en su rotunda solidez estructural (por lo menos desde el punto de vista plástico) y en su condición de immaculado espejo de la luz solar.

Vegetación, luz, añoranza de la vida campesina, celebración del hecho de ver: una optimista fidelidad al paisaje señala, como hemos dicho, la mayor parte de la obra pictórica de Teodorico Quirós. Poco a poco, sin embargo, en los últimos años, ha derivado hacia una intención más "expresionista", en la que el aire emocionado, pero sereno, de la mayor parte de su producción anterior, va tomando un cariz tormentoso, que acerca sus pinturas más recientes a los paisajes de Chaim Soutine. Pocos entienden este reciente desplazamiento, que algunos interpretan simplemente como una pérdida de calidad. Ello es cierto en algunos casos, pero es siempre secundario. Lo que hay es una nueva vocación, una nueva poética. Hay una sensación que podríamos llamar de amargura en esas combinaciones de rojo, gris y amarillo. Hay violencia y a veces desdén en el tratamiento de las formas. Entran en juego tonos opacos, o colores fuertes aplicados con ira. Es interesante confrontar, por ejemplo, el "Mar de Puntarenas" o el "Estero de Puntarenas" con ese otro mar (1973) cenizo, opaco, sobre el cual se cierne una atmósfera cerrada, irrespirable, de tonos blancos y amarillos, cuadro que se halla en la exposición que se encuentra actualmente en la Sala Enrique Echandi del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, y que pertenece al pintor.

Hay una pérdida de calidad, es cierto. Los cuadros, buenos han pasado a ser esporádicos. Pero la pintura es siempre un lenguaje en manos de Quico Quirós. Es un lenguaje que él tiene como cincuenta años de estar usando constantemente como ningún otro costarricense lo ha hecho. En cualquier circunstancia, en cualquier condición, y quizá con más autenticidad ahora que nunca, cuando ya no le interesa el valor decorativo de sus obras, ni pinta para las salas de las señoras burguesas, el lenguaje pictórico de Quico Quirós brota más espontáneamente, a trompicones, con altibajos, pero cargado siempre de una profunda significación, porque lo que dice Teodorico Quirós con sus pinceles es su manera de ver el mundo y la vida, es su verdad.